

LA SOLEDAD DE LA RAZÓN DEL REALISMO POLÍTICO

Un análisis sobre el proceso de paz del actual gobierno

Carlos Eduardo Maldonado
Ex-profesor de la UIS y actual docente de la
Universidad del Bosque
Ph.D en Filosofía

Dada la reciente historia del país y el curso de los acontecimientos, es fundamental que la Academia cumpla el papel que debe llevar a cabo. Es indudable que la creación y puesta en marcha de un Observatorio de esta naturaleza es una iniciativa de gran ayuda para toda la sociedad.

Es posible adoptar varias estrategias en el análisis sobre el proceso de paz y la posibilidad del diálogo y la negociación, hoy, en Colombia, notablemente en el marco del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Por ejemplo, es posible y es muy importante, no reducir la paz a criterios meramente militares y de seguridad y considerar entonces como política de paz temas tales como la declaratoria del Estado de Conmoción Interior antes de cumplir los 45 primeros días de gobierno, las reformas políticas, la reforma laboral y el régimen pensional; la llamada “revolución educativa”, y otros más. Además estudiar los efectos reales, inmediatos y previsibles a mediano plazo que estas políticas tienen para la paz social, política y económica, y no solamente para la paz militar. Otra estrategia posible consiste en proseguir los análisis acerca

del Plan Colombia y los balances y movibilidades entre el componente militar y el componente social, sopesando así, en primera instancia, el atractor de la política norteamericana, particularmente la del gobierno de George W. Bush y de la Unión Europea.

Una tercera estrategia posible y necesaria puede y debe enfocarse hacia la crisis de los estamentos políticos y con ellos, la crisis de lo público en general, crisis que se traduce en la erosión del capital social del país, la pauperización de un número cada vez más grande de colombianos y las dificultades para conformar y consolidar una tercera fuerza política en el país; todos ellos, factores determinantes; en la búsqueda de la paz o el destino de la guerra.

Una cuarta opción razonable radicaría en subrayar, una vez más, la crisis económica del país como un momento de una crisis profunda y de gran envergadura del sistema de libre mercado en el mundo entero, como un factor, aunque sea “en última instancia”, que establece racionalidad o razonabilidad ante los brotes, espontáneos u organizados, de reacción y/o de acción contra un sistema político que parece ser incapaz de garantizar mínimos de calidad y dignidad de vida, así como mínimas garantías para el futuro, que depende ya no de un destino providencial.

Una quinta estrategia podría ser la de estudiar si existe o no y por qué razones, una simetría entre las relaciones del gobierno del presidente Uribe Vélez particularmente en materia de diálogo y de reconocimiento político, las Autodefensas Unidas de Colombia, y la guerrilla colombiana –las FARC y el ELN-. Esta posibilidad permitiría trazar mejor las fronteras o confirmar los nexos entre el gobierno actual y algunos miembros y organizaciones al margen de la ley.

En fin, una sexta estrategia plausible consistiría en estudiar la existencia o no de una política de paz dentro del objetivo central del gobierno de Uribe, consistente en eliminar a la guerrilla al máximo posible o totalmente mediante el establecimiento de políticas de seguridad cuyas fronteras frente a los derechos humanos, son poco menos que opacas o viscosas, puesto que la política de seguridad va fuertemente estimulada por una economía de guerra que deja en lugares secundarios a la política social. Así, la paz se revela como estricta y determinadamente militar.

Sin embargo, estas y otras estrategias similares son ya bastante conocidas, particularmente entre los estudiosos de la historia y los procesos más recientes, de la vida en el país, y precisamente por ello, el incurrir en vías semejantes tiene el riesgo de conducir hacia lugares comunes, acaso satisfactorios desde el punto de vista de la elaboración de diagnósticos –quizás inteligentes-, pero ineficientes a la hora de bosquejar soluciones reales o probables a la crisis, profunda y creciente, que se vive.

Precisamente, esto se llama la atención en otra dirección que tampoco parece ser suficientemente clara a la hora de analizar el proceso de paz –o de guerra- en el marco del actual gobierno. Es, curioso, aunque, altamente significativo, que ninguno de los grandes artistas del país, ningún gran intelectual o teórico, escritor o poeta, personalidad de la cultura, la educación, las ciencias o la investigación ni tampoco un centro académico o institución educativa de alto prestigio haya acompañado, ni esté acompañando a Álvaro Uribe Vélez y su política él mismo como una política “inalterable”, “sin reversa”. Por lo menos no hay un apoyo de manera abierta, pública. Tan sólo algunas personas de los medios, algunos actores de la televisión y eso sí muchos de los modelos –maniqués- acompañaron y están acompañando al actual presidente.

Con justicia o sin ella, se decía que, por ejemplo, un prestigioso Instituto de Estudios dedicado a la política y las relaciones internacionales de una universidad del país se había convertido, en un momento dado, en un búnker del liberalismo de Gaviria y de Samper. Y así, los ejemplos abundan y son conocidos. Pues bien, el hecho de que el único intelectual –independientemente del juicio acerca de su talla y prestigio académico y científico– que ha acompañado a Uribe Vélez es el psiquiatra Luis Carlos Restrepo, su actual Comisionado de Paz. Por lo demás, asistimos a un significativo abandono de lo mejor de la intelectualidad por parte del presidente Uribe Vélez. Todos los demás acompañantes del actual Presidente son miembros de la clase política –nacional o regional-, y técnicos. La inteligencia de Álvaro Uribe Vélez se complementa con el lenguaje y las posturas intelectuales de Luis Carlos Restrepo.

Dado este estado de cosas, es posible decir sensatamente que desde la filosofía sí cabe hacer una contribución efectiva en el análisis de las actuales estrategias de paz. Dicho en lenguaje clásico, el problema se inaugura con Platón, a saber: se trata de establecer si y cómo las ideas participan del mundo sensible, un asunto que, contra la tradición, no es simplemente metafísico, sino además y fundamentalmente, político. Hay que recordar siempre el sueño de Platón en Siracusa, en donde reinaba Dionisio I el Anciano, amo absoluto de Sicilia, con una corte fastuosa y en la que los vicios que en ella reinaban eran numerosos. A partir de esa experiencia y del juicio que más tarde se haría en contra de Sócrates acusado de impiedad, Platón desarrollaría aquello que constituye quizás, la razón de toda su filosofía, a saber: determinar si el mundo de las ideas participa o no y cómo, en el mundo sensible. Los dos mundos –el sensible y el inteligible– son a la vez separados y uno. Lo que hace el filósofo es estudiar de qué manera lo son.

Se propone entonces la hipótesis de que la relación entre el gobierno de Uribe Vélez -sus políticas de reformas y de seguridad en el sentido preciso que hemos observado en lo que va de corrido su mandato-, y el único intelectual que posee, el psiquiatra Restrepo Ramírez, debe ser vista en doble vía, de la siguiente manera: de entrada, a una política económica y de seguridad de corte efectista como es la Uribe Vélez, una ética emotivista con el nombre de “ternura” le corresponde de manera perfecta. Del lado de Uribe Vélez, por ejemplo a través de la Vicepresidencia de Francisco Santos y con él, la Fundación Colombia Libre y el Mandato por la Paz, es valioso contar con una figura que en un momento dado tuvo buena acogida entre los sectores más jóvenes de la sociedad, gracias particularmente a su discurso sobre la ternura. Es refiero, desde luego, al libro *El derecho a la ternura*, que constituye el pilar de todo el pensamiento de Restrepo. Y desde este lado se trata de ver la realización de una postura el realismo político. Ambos, Uribe Vélez y Restrepo coinciden en un fuerte llamado al realismo político (*Realpolitik*), una postura que puede condensarse quizás en el llamado a: “Asumamos los hechos, enfrentemos los hechos”.

Uribe V. aprovecha la única mirada reflexiva que posee, pero Restrepo también aprovecha la posibilidad de canalizar un conjunto de ideas y de propuestas que jamás habían implementado en otras circunstancias. Es decir, Restrepo jamás hubiera podido alcanzar la posición pública que tiene hoy si Serpa, o Noemí o Lucho Garzón hubiesen vencido en las elecciones del 26 de mayo del 2002. El momento político y social favorece y refuerza el encuentro y el apoyo recíproco entre Uribe y Restrepo. No sobra recordar que el concepto de “realismo político (*Realpolitik*) es la expresión empleada por Hegel para hablar de dos momentos singulares: la paz de Westfalia y la unificación de Alemania lograda por Bismarck. Pero los orígenes del realismo

político se remontan, como es sabido, a la *pax romana*, esto es, la derrota y liquidación total del adversario por los medios que sean.

Para nadie es desconocido, ni tampoco extraño observar que la estrategia de paz del gobierno del presidente Uribe depende estrictamente de la política de seguridad. Aquella está supeditada a ésta; de suerte que la paz –así, por ejemplo, el diálogo, las negociaciones- dependerá absolutamente de las políticas de seguridad ya conocidas y de otras puestas en marcha.

Ahora, para adelantar una reflexión sobre la política de paz del actual gobierno, a la luz de una mirada filosófica, se tomara como hilo conductor el pensamiento del actual Comisionado de Paz, a fin de demostrar que en los libros y artículos de Restrepo, existe una clara filosofía social y política, propia del realismo político que refuerza de una manera no subsidiaria, por ejemplo, el Programa de cien puntos del Candidato Uribe Vélez. En realidad, a propósito de la hipótesis sugerida se hacen posibles y necesarias algunas reflexiones acerca de la política y de lo político mismo.

Hasta el gobierno de Andrés Pastrana podía hablarse sin mucha dificultad de una *política de paz*, la cual estaba articulada nuclearmente en torno a temas sensibles como el diálogo y la negociación. Así, independientemente de las preferencias políticas o ideológicas que se adopten, es indudable que, hasta el gobierno anterior, la paz era una política necesariamente, asociada al diálogo y la negociación. En contraste, a partir de la administración de Álvaro Uribe –una vez más, independientemente de las posiciones políticas e ideológicas que cada quien tenga- no existe una política de paz, y en consecuencia de diálogo o negociación, sino, categorialmente hablando, de

una manera más adecuada, existe una *política de seguridad* alrededor de la cual se deriva causalmente una serie de *estrategias de paz*. La hipótesis es que en estas estrategias una herramienta clave es la figura del psiquiatra Restrepo como Alto Comisionado para la Paz.

Si se ha de creer en la existencia de un eventual soporte teórico a las estrategias de paz que le han sido comisionadas al delegado de Paz, este soporte se encuentra en varios de los libros de Restrepo y se condensan en una clara expresión, a saber: la “pedagogía para la convivencia ciudadana”. Esta expresión no solamente se encuentra en algunos de los pasajes de los textos de Restrepo, sino que además, no deja de ser llamativa su coincidencia con las prácticas pedagógicas del Alcalde de Bogotá Antanas Mockus sobre pedagogía ciudadana y que han sido adoptadas también por otras ciudades. Como es sabido, por lo menos por parte de quienes, desinteresadamente, hacen un seguimiento de los temas de la paz a partir del pasado 26 de mayo de 2002, la pedagogía para la convivencia ciudadana contiene un elemento central alrededor del cual pivotan los discursos y prácticas de paz o de guerra; se trata de los planes y programas de reinserción de miembros de las AUC y de la guerrilla colombiana. Quizás cabe pensar igualmente que el sentido real de los planes de reinserción sea el de permitir que las AUC se reincorporen a las fuerzas armadas, que tanto necesitan, según el actual gobierno, de una ampliación en todos los sectores. No sería superfluo en este contexto, comentar el hecho, reconocido por muchos, que el concentrar a las fuerzas armadas y de policía alrededor y dentro de las ciudades, y dejar el campo para fuerzas tales como las redes de cooperantes, las zonas de rehabilitación y las fuerzas de autodefensa que espontáneamente se organicen para enfrentar a la guerrilla es un plan ya en curso del gobierno de Uribe.

El gobierno del presidente Uribe Vélez carece de una teoría acerca de la paz pues en rigor, todo parece indicar que no la necesita, en el sentido preciso de que su foco de atención consiste en construir confianza en torno a las fuerzas del estado y en desplegar los recursos y medios que sean necesarios para garantizar la seguridad ciudadana. Si el gobierno de Pastrana poseía una clara política de paz, el gobierno de Uribe dispone de una política de seguridad. O bien, para decirlo inversamente y por vía de contraste, si el gobierno de Pastrana poseía una clara política de paz, el gobierno de Uribe carece y no necesita de una teoría sobre la paz. La política queda reducida así a su más clara expresión: un realismo político.

Filosóficamente hablando, Kant apunta muy bien a un caso como este. Se trata, de acuerdo con Kant, del reconocimiento de que a todo realismo trascendental le corresponde un idealismo empírico. Este es el segundo elemento claro con el que la filosofía puede contribuir a una elucidación acerca de los contenidos teóricos de la sociedad y el estado. (No sobra recordar que la posición del propio Kant es harto conocida: el suyo es un idealismo trascendental –al cual le corresponde un realismo empírico- y que es la otra cara de la revolución copernicana que representa la filosofía de Kant; revolución copernicana tanto en el orden del uso teórico de la razón como del uso práctico de la razón).

Quisiera presentar inicialmente el lenguaje abstracto de Kant y luego traducirlo a fin de mostrar en qué consiste, filosóficamente, el realismo político. Dice Kant: “El realista trascendental se representa los fenómenos exteriores (en el caso de que admita su realidad) como cosas en sí mismas, existentes con independencia de nosotros y de nuestra sensibilidad [...]. En realidad, es ese realista trascendental el que hace luego de

idealista empírico: una vez que ha partido, erróneamente, del supuesto de que, si los objetos de los sentidos han de ser exteriores, tienen que existir por sí mismos, prescindiendo de los sentidos, descubre que, desde tal punto de vista, todas nuestras representaciones de los sentidos son incapaces de garantizar la realidad de esos mismos objetos” (A 369). Pues bien, Luis Carlos Restrepo sostiene en sus libros que la guerra, la violencia, la droga son epidemias sociales que no cabe entrar a explicar o a justificar. Todas sus baterías están enfiladas a la supresión de esos males; punto. Esto es, la guerra, la violencia y la droga son hechos en sí mismos que nadie discute y que a todos agobian de una manera o de otra. No cuesta esfuerzo (= idealismo empírico) entender y proponer entonces una negación total de esos fenómenos.

Es fundamental –tanto más en el contexto de las redes de cooperantes- evitar los personalismos y las críticas personales. Pero se hace inevitable señalar los rasgos centrales del estilo de escritura y del pensamiento de Restrepo. Los libros de Luis Carlos Restrepo son, tanto desde el punto de vista del estilo y la redacción, como de la extensión y el rigor conceptual y argumentativo, panfletos y folletines en el sentido preciso que tenían esta clase de escritos por ejemplo en el siglo XIX. En el siglo XIX el panfleto era un estilo por sí mismo, y no hay que olvidar que gente como Marx, Stirner, Kropotkin y otros escribieron auténticos panfletos en su momento. Sólo que hoy, al cabo de más de 140 años, otro es el contexto cultural y algo va de los autores mencionados en Restrepo Ramírez.

Los autores que cita Luis Carlos Restrepo en sus escritos, los referentes culturales y conceptuales, corresponden de una manera precisa al manejo que cualquier intelectual –intelectual y no académico o científico o filósofo- hace de una parte importante del acervo cultural. Es claramente alguien informado pero es

inevitable acusar una ausencia de rigor conceptual y teórico. ¡Ojalá fuera un ensayista! en el sentido excelso que lo son; William Ospina en Colombia, o Reyes o Paz en México; o Ingenieros en Argentina, para citar tan sólo unos pocos nombres.

La finalidad que se lee en los textos de Luis Carlos Restrepo es inmediatamente retórica, no veritativa, para recordar una distinción fundamental desde Aristóteles. Esto es, su finalidad es la convencer y persuadir, y no justamente la de aclarar y distinguir. Restrepo es un buen sofista, en el sentido como lo reclaman abiertamente para sí Gorgias o Protágoras. El lenguaje es ambivalente, mejor: ambiguo, y no son para nada lejanos los tonos y visos de mesianismo o, por decir lo menos, de discurso edificante (edificante y edulcorante). De pasada, ¿alguien ha observado la similitud del estilo de lenguaje, pensamiento y expresiones entre el presidente de los Estados Unidos George W. Bush, el presidente colombiano Álvaro Uribe y el Comisionado de Paz Luis Carlos Restrepo?

Es chocante la ausencia de un rigor conceptual, manifiesta una debilidad teórica y llamativo un deliberado espíritu fofo. Abiertamente se dice aquí, que los libros de Restrepo no son el producto de un claro pensamiento de derecha en cualquier acepción de la palabra o siquiera de un férreo espíritu conservador y amante de la tradición; es menos que eso: su forma de ser se corresponde con un personaje común y corriente en el sentido de aquello de lo cual habla José Ingenieros en *El hombre mediocre*, o también, un hombre promedio, en el sentido exacto que analiza H. Arendt a Eichman en el juicio en Jerusalem: *Eichman en Jerusalem. La banalidad del mal*. (Arendt, 1994) Restrepo sí habla, y mucho, de democracia pero, en coincidencia con Mockus, tan sólo habla y sabe de la unión entre la democracia y del estado

de derecho. La democracia de la cual habla es la del estado de derecho – otro argumento que subraya su realismo político o el de su jefe, el presidente Uribe Vélez¹.

Bastante lejos se encuentra L. C. Restrepo de la posibilidad de hablar clara y sentidamente del estado social de derecho. Restrepo parece no haber llegado todavía a la Constitución de 1991, no obstante su buena acogida al artículo 22 de la Constitución Nacional, a todas luces, un acontecimiento puramente puntual en el pensamiento de Restrepo: no cabe ninguna duda que Restrepo no es alguien de mala fe ni tampoco un adalid de posturas extremas. La prueba de esto son sus textos. Sin embargo, se trata de alguien políticamente ingenuo, y voluntarista y enarbolado de una ética emotivista con el nombre de “ternura”; buen cumplidor de los deberes y defensor de la idea de los derechos y deberes. Baste con leer, por ejemplo: “Decir paz es... cumplir con un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento” (DP: 279). Mejor a todas

¹ Un pasaje sirve para ilustrar una total coincidencia entre la pedagogía de Mockus y la de Restrepo en cuanto a medios y fines: Las posibilidades de la convivencia ciudadana se abordarán desde dos dimensiones: “Desde la dimensión *ética*, se buscará el fortalecimiento de un conjunto de prácticas y valores que cimenten actitudes de diálogo, compromiso afectivo, respeto y solidaridad ciudadana. Desde la *estética*, se fomentarán procesos de búsqueda y construcción de la identidad cultural, de manejo del conflicto a través de la expresión artística y la creatividad, así como alternativas para el afianzamiento de la singularidad de individuos y comunidades”, L. C. Restrepo, *La fruta prohibida. La droga en el espejo de la cultura*, Cali/Medellín, 1994, pág. 183. En otras salidas, la salida a los problemas sociales y políticos es eminentemente estética y ética. ¿Valdrá aquí la pena repetir una vez más los análisis que lleva a cabo Marcuse en *El hombre unidimensional* y *Eros y civilización* con respecto a la futilidad y el peligro de promover a la ética y a la estética como soluciones a los problemas políticos, económicos y culturales de una sociedad? No pues los dos libros de Marcuse son ya suficientemente clásicos y bastante conocidos.

luces es alguien que cumple y sigue el buen orden de las cosas y de la razón, sin cuestionarlo dramáticamente. Exactamente como enseñó H. Arendt con hacía Rudolf Eichman, por ejemplo.

¿Puede decirse que existe un ascenso, un descenso o una variación con altibajos entre el actual Comisionado para la Paz y algunos de sus predecesores, por ejemplo, Otto Morales Benítez, John Agudelo Ríos, Daniel García-Peña, Víctor G. Ricardo o Camilo Gómez? Es manifiesto que no todos los nombres anteriores al actual Alto Comisionado se encuentran en el mismo nivel ni que su importancia es igual. Ciertamente, no antes del nombramiento de aquellos como Comisionados, durante su función pública como encargados de la paz, las negociaciones y los diálogos, y definitivamente, no después de que por diversas razones, aquellos dejaron el cargo de Comisionados. Establecer un parangón entre gente como Morales Benítez, Agudelo Ríos o García-Peña, por ejemplo, y Restrepo Ramírez es un tema sensible, que aquí apenas puede ser sugerido para un esbozo posterior.

Restrepo Ramírez no posee ni plantea una sola tesis en sus escritos. Los suyos no son *argumentos* en el sentido exacto que nos lo ha enseñado la lógica de la argumentación de Perelmann y Olbrechts-Tyteca, principalmente, sino *relatos*². A propósito de los escritos de Restrepo un serio ejercicio de hermenéutica: “Esta es la tarea de la filosofía hermenéutica: rememorar lo que

² Al respecto vale recordar que en Colombia existen académicos que han trabajado la lógica y la teoría de la argumentación; especialmente Adolfo León Gómez de la Universidad del Valle, Fernando Estrada de la UIS, Alfonso Monsalve de la Universidad de Antioquia, quienes podrían aportar mejores elementos en este punto.

³ “Interpretación y libertad. Conversación con Luigi Pareyson”, en: G. Vattimo (compilador), *Hermenéutica y racionalidad*, Bogotá, Norma, 1992, pág. 20.

en el fondo ya sabemos y decir cuánto queríamos pero no logramos decir”³. Sin embargo, es posible decir, sin ambages, que la siguiente es una lista resume las principales ideas del actual Comisionado de Paz⁴:

- La guerra, el vejamen, el dolor, el oprobio y el sufrimiento deben ser olvidados, y el olvido se constituye en una condición para la paz;
- La ternura debe ser entendida como el fundamento de la vida social (DT), y la ternura constituye el sentido mismo de la dependencia afectiva (TR);
- La ternura es definitivamente una experiencia en el presente y le marca límites al lenguaje (DR: 21-22);
- La ternura es una experiencia de la singularidad, y se trata de una ética que sólo afirma al ser humano singular por encima de la colectividad (DT, 105-106);
- La convivencia social o convivencia ciudadana es el fortalecimiento de la dependencia afectiva entre los asociados (TR);

⁴ La siglas se refieren a los siguientes libros de L. C. Restrepo: (TR): *La trampa de la razón*, Bogotá, Arango Editores, 2000; (FP): *La fruta prohibida. La droga en el espejo de la cultura*, Cali, Fundación para la Investigación y la cultura/Medellín, Hojas de Hierba, 1994; (DP): *El derecho a la paz. Proyecto para un arca en medio de un diluvio de plomo*, Bogotá, Arango Editores, 2001; (DT): *El derecho a la ternura*, Bogotá, Arango editores, 1999. Adicionalmente, me he concentrado en los siguientes artículos de Restrepo: “Sofística y democracia. La desacralización de la palabra”, en: *Universitas Humanística*, págs. 52-56; “El adicto es un analfabeta afectivo y político”, en: *Debate y Justicia*, octubre 1994, págs. 68-78; “Ecología social de la diferencia”, en: *Humanística*, págs. 65-76. Los artículos de Restrepo son o bien resúmenes o ilustraciones de sus principales ideas, las cuales están expuestas integralmente en los libros de su autoría.

- Para ejercer la libertad hay que saber vivir la dependencia, la cual no es explicable ni justificable, sino un imperativo (TR, 180-181), (DT, 154);
- Es importante cuidar de la autoridad desligándose atentamente del autoritarismo; pero nada puede socavar ni alterar a la autoridad, la cual coincide con el orden de la buena razón (TR, 135 y ss.).
- Las soluciones a la violencia deben concentrarse en la fuerza de la ética, y esta fuerza procede y consiste exactamente en la ternura (DP, 253-54).
- La crítica a la paz se corresponde de una manera precisa con una crítica de la política, de suerte que la supresión de la guerra va acompañada de una superación de la política (DP, 258).
- Es preciso sospechar, por las mismas razones y paralelamente, tanto de la guerra como de la democracia (DP, 264).
- Debemos sospechar de llamados al pacifismo y la gente debe necesariamente, de una u otra manera, tomar partido por los extremos (DP, 269); en fin,
- La ternura consiste en un uso delicado de la fuerza (DP, 270); por lo demás,
- No ha habido absolutamente ningún pronunciamiento público negativo o crítico con respecto a la red de cooperantes o informantes. Quizás esto termine empatando con lo siguiente:
- Es fundamental que en la pedagogía de convivencia ciudadana se fortalezcan los planes de prevención (FP, 182-84).

¿Cuál es la finalidad del análisis que se ha seguido? Francamente, se trata de un ejercicio de hermenéutica –que es la hija única de aquello que P. Ricoeur enseñó como la “Escuela de la Sospecha”– con respecto al pensamiento del actual Alto Comisionado para la Paz. Una vida no se improvisa, y la vida es el resultado de nuestras acciones y decisiones, de nuestras expresiones y compromisos. Sólo que no son nunca evidentes las consecuencias de esos compromisos, expresiones, ideas, creencias y acciones. Tal es la función crítica de la filosofía hermenéutica.

Precisamente en consonancia con lo anterior, Sartre sostiene que una vida humana es el resultado de las obras de los seres humanos, no tanto de sus gestos o sus intenciones. Si se ha de tomar en serio a la gente, si se han de considerar con rigor los decursos de la vida social y política, es preciso entonces tomar en serio las expresiones y las obras de los seres humanos. Esto es algo sobre lo cual, notablemente J.-P. Sartre insistió en toda su obra.

Tres observaciones finales, de carácter puntual y que se encuentran de todas maneras, en relación con las líneas de análisis que preceden. La primera hace referencia al hecho de que las estrategias de paz del actual gobierno atraviesan transversalmente por la constitución de las redes de informantes o de cooperantes; un sistema que ya ha venido siendo objeto de numerosos análisis. Si una función de la historia consiste en trazar analogías –se insiste: analogías y no simplemente, como de una manera ingenua pudiera pensarse, similitudes o identidades–, entonces es posible mirar la historia más reciente para observar aquello que la filosofía puede decir acerca de algo semejante a las redes de cooperantes. Una analogía puede elaborarse a partir de la experiencia que Sartre elabora de los “colaboradores”, que fue la figura que las

fuerzas nazis implantaron luego de la ocupación de París y de la traición del general Pétain. Hay un texto brillante de Sartre con el título “¿Qué es un colaborador?”⁵ (1968, 31-42) que cabe sintetizar en este contexto. El párrafo siguiente, algo largo, es un resumen del artículo de Sartre.

La colaboración es un hecho de desintegración y en todos los casos, fue una decisión individual y no una posición de clase. Representa en su origen una fijación, mediante fórmulas colectivas ajenas, de elementos mal asimilados por la comunidad. En esto se acerca a la criminalidad y al suicidio que también constituyen fenómenos de desasimilación. Sin embargo, en una comunidad no hay sólo casos individuales de desintegración, pues grupos enteros pueden ser arrancados de la colectividad por fuerzas que obran sobre ellos desde afuera, como por ejemplo, el ultramontanismo, que explica la actitud colaboradora de ciertos miembros del alto clero. Pero no basta con determinar el área social de la colaboración. Existe una psicología del colaborador, de la que podemos extraer datos valiosos. Por cierto, se puede decidir a priori que las traiciones están siempre motivadas por el interés y la ambición. Es evidente que todos los colaboradores creyeron al principio en la victoria alemana. Esta tendencia primera que los colaboradores mismos adornaban

⁵ Son varios los textos que vale la pena leer o releer de este volumen de Sartre. Pienso, particularmente, en “La república del silencio” (págs. 11-13), “París bajo la ocupación” (págs. 14-30), “El final de la guerra” (págs. 43-48), “Orfeo negro” (págs. 145-181). No hay que olvidar nunca que en torno a Sartre, ya al final de su vida, y sobre todo después de su muerte, se ha tejido un sospechoso velo de silencio y olvido voluntario de parte de numerosos sectores con intereses diversos. A pesar de ese olvido, los textos referidos pueden y deberían ser estudiados.

con el nombre de “realismo” posee raíces profundas de la ideología de nuestro tiempo. El colaborador padece la enfermedad intelectual que se puede llamar historicismo. Infinidad de veces he percibido en los más honrados profesores de historia, en los libros más objetivos, esta tendencia a glorificar el hecho consumado simplemente porque está consumado. Los colaboradores dicen: No sabemos adónde vamos, pero el hecho de que cambiemos significa que progresamos. Así, el colaborador se coloca, para juzgar sus actos, en el más lejano futuro. Aunque el colaborador viviera en nuestro siglo, lo juzgaba desde el punto de vista de los siglos futuros. Por su docilidad ante los hechos –o más bien ante este hecho único: la derrota francesa, el colaborador “realista” practicó una moral invertida: en lugar de juzgar los hechos a la luz del derecho, fundó el derecho sobre los hechos. Su metafísica implícita identifica el ser con el deber ser. Todo lo que es, es bueno; lo que es bueno es lo que es. Por no estar integrado en la sociedad francesa y por no hallarse sometido a las leyes universales de la comunidad, el colaborador procura integrarse en un sistema nuevo. En esto lo ayuda su realismo, pues el culto del hecho particular y el menosprecio por el derecho, que es universalidad, lo llevan a someterse a realidades rigurosamente individuales: un hombre, un partido, una nación extranjera. Después de considerar la fuerza como fuente de derecho y como patrimonio del amo, el colaborador se reservó para sí la astucia. Pero lo que en realidad constituya la mejor explicación psicológica de la colaboración es el odio, pues odia aquella sociedad donde no ha podido desempeñar papel alguno. El colaborador, tenga o no tenga la ocasión de manifestarse como

tal, es un enemigo que las sociedades democráticas llevan perpetuamente en su seno. Y como la tesis favorita del colaborador, así como la del fascista, es el realismo, hemos de aprovecharnos de nuestra victoria para ratificar el fracaso de toda política realista (Sartre 1968).

La segunda observación puntual consiste en el conocimiento o intuición, a veces pública o veladamente, según el cual, dadas las actuales estrategias de paz por parte del gobierno, existe al mismo tiempo un manifiesto plan B que se ha convertido en el plan A tanto de parte de las fuerzas de seguridad del estado, como de la insurgencia. Lo que se avecina es una guerra escalar de proporciones inimaginadas hasta el momento. Todo pareciera indicar que las partes en conflicto han decidido enfrentar en los próximos cuatro años una guerra total, guerra que en este momento apenas está comenzando.

Frente a los actos de la guerra y la política, la tarea de la inteligencia consiste en saber leerlos e interpretarlos correctamente. La hermenéutica es de ayuda en la adecuada interpretación de las obras humanas, pero también puede serlo la genealogía o incluso el sano escepticismo.

La tercera observación consiste en el reconocimiento de que la carga de la demostración a propósito de las posibilidades de la paz o, en caso contrario, de la guerra, está en el gobierno de Uribe Vélez. Las expectativas puestas en él por el colombiano común y corriente son ciertamente muchas, así como las de una parte de la comunidad internacional. Si Uribe cumple sus promesas, se habrá ganado una parte importante del juicio político, y entonces cabe pensar en la eventual gestación de una "Segunda República". Pero si las organizaciones guerrilleras logran aguantar el embate y mantenerse e incluso actuar, entonces

las expectativas de paz y de guerra serán radicalmente distintas a las que se tienen hoy. Todo dependerá, según parece, de la información que cada una de las partes posea sobre sus propias capacidades y las del adversario, un tema sobre el cual particularmente la teoría de la decisión racional puede ser de gran ayuda.

Cabe esperar propuestas verdaderamente novedosas que vendrán en el futuro próximo o máximo a mediano plazo. El proceso de paz y la guerra en Colombia, siempre hay que repetirlo, es perfectamente singular, y no encuentra paralelos ni en la historia del hemisferio, ni tampoco en otras regiones del mundo. Este fenómeno se debe tomar en serio, mucho más de lo que la mayoría lo ha hecho hasta ahora. Dado el mapa geopolítico internacional, de influencias, de fuerzas reales y factores de poder, es verosímil pensar que las propuestas novedosas no tendrán lugar de espaldas a la comunidad internacional; todo lo contrario, con su activa la participación.

Como quiera que sea, se cree, que esta es la última posibilidad o esperanza que le queda a la historia de Colombia. Esto es, a la historia que se ha conocido o que se ha vivido en Colombia.